HOMBRE DE ARCOS Y TIEMPO SUR

Para Julio Mariscal.

LE sobraban los días.

Algunos tuvo de colores claros
y de mirada extrañamente fija.
Otros con agujeros en el centro
para mirar bahías,
y los más, señalados en la frente
con una cruz de tiza.

Por los bolsillos, por los lentos ojos,
le asomaban los días.

Casi todos nacieron en su pueblo,
entre los ábsides de cales limpias,
junto a pobrezas blanqueadas
con geranios y sol en las cornisas.

Los días repetidos
los despeñaba por la crestería
o intentaba cambiarlos en la plaza
por jóvenes criaturas indecisas.

El manto de la Virgen
y los manteles de la misa,
directamente suyos, le tapaban
muchas cosas perdidas.

¡Cuánto tiempo en las calles y en las casas
para una sola vida!

Con una vara de acebuche
escribía en el polvo cosas íntimas:
«él está aquí, pero las amapolas...»
«¿Verdad que sí, Luisa?»
Escribía en el polvo:
«la carne acorralada
que se ofrece sumisa...»,
y se quedaba quieto,
con la vara florida.

Sobre los olivares,
blancura equilibrista.
El Guadalete apenas
y los alcaravanes con sus prisas.

Semanas y aceitunas. Campo y campo.

Cuando se levantaba de las sillas,
dejaba por el suelo
un reguero de días.



MANUEL ALCÁNTARA